

HERNANDEZ, Isabel. *Blanco y azul*. Presentación de José María Pérez Balgañón. Prólogo de Carmen Bravo-Villasante. Epílogo de Leonardo Romero. Ilustraciones de José Areal. Valencia. Ediciones Ojuebuey. 1992, 81 pp.

Por Arturo Ramoneda

En los poemas «A una niña japonesa-mejicana», «Luna infantil», «Balada por un bebé», «Niñez perdida», «Jaime» y «A un niño», de su libro anterior, *Ecos de mi mundo*, ya Isabel Hernández mostraba una decidida inclinación por refugiarse elegíacamente en el pasado. Ahora, en esta nueva entrega, *Blanco y azul*, hace reverdecer las vivencias, reales, procedentes de lecturas —en «El árbol del amor», «El tronco de la felicidad» y «Noche de Reyes», homenajea, respectivamente, a Oscar Wilde, Andersen y Concha Espina— o forjadas en su imaginación, que a lo largo de su vida han tenido alguna relación con esa edad mítica y dorada de la infancia —«Donde quiera que haya niños, existe una edad de oro», había dicho Novalis—. A través del empleo frecuente de una primera persona del singular que acentúa la impresión de que todo ha sido sentido y vivido, la autora transcribe lo que le han contado, o, en la línea de algún relato de Kipling, lo que le han «musitado las caracolas marinas» («El magnolio de Tepic», «La náyade», «La gaviota», «La leyenda de los sapatinhos», etc.), se presenta como testigo de los sucesos que se dispone a relatar («La casita de Bali», «Piolín, el pollito parlanchín») o se convierte en personaje destacado de la acción («El mendigo y la ciegucecita»). A veces, nos invita, con un plural asociador, a integrarnos y a participar en el juego o llama familiarmente nuestra atención.

Sin embargo, aunque aparezca ocasionalmente algún retazo de la vida cotidiana, nada más lejos del realismo tradicional que lo que el lector encuentra en las páginas de este libro. Gracias a esa «alma infantil» que revela en «La casita de Bali», Isabel Hernández, por medio de la varita mágica de una fantasía prodigiosa, transfigura, distorsiona y confiere propiedades inusitadas a todo lo que toca.

Perdido el respeto a la razón, a la lógica, a la cotidianidad y al orden conocido, rotas las barreras entre lo real, lo ilusorio y lo insólito, se adentra por un complejo y rico mundo en el que conviven «hadass bienhechoras», enanos volatineros, duendes traviesos, princesas que acaban casándose con guerreros indios, náyades, brujas malvadas, edificios «que se resquebrajan de risa cuando en pleno día pasa algún niño y hace una gracia», gaviotas que entretienen a sus jóvenes amigos «con hazañas de piratas, de submarinos, de lo maravilloso que es el fondo del mar con las flores y los bichitos emborrachados por las salinas aguas», etc. Los finales abiertos, como ocurre, sobre todo, en «El mendigo y la ciegucecita», prolongan inquietantemente las sugerencias y el misterio. Los rasgos de humor y de ironía, habituales en algunos relatos, culminan en la divertida historia de la estrafalaria, enloquecida y, al mismo tiempo, intransigente familia del relato «Piolín, el pollito parlanchín».

Probablemente, la máxima aspiración de Isabel Hernández ha consistido en presentar, por medio de un proceso sistemático de humanización, la armonía entre el mundo vegetal, el animal —el perro sigue siendo aquí el mejor amigo de los pequeños—, el humano y el de los objetos inanimados. Ya en el primer relato muestra la solidaridad entre un jardín «de aspecto salvaje, desarreglado, descuidado, bohemio», debido a su aversión a la «máquina cortacéspedes», al agua y al abono, porque le producen cosquillas, hipo y estornudos, y sus pequeños visitantes. En los siguientes, se mantendrá el diálogo entre la naturaleza, adornada, por lo general, de múltiples perfecciones, de extrañas virtudes —los gigantes pensamientos «corren, van y vienen como aloçadas nubes dando brinco, pegando saltos y haciendo cabriolas entre las blanquiazules acrobacias de los aviones-golondrinas y la gimnasia matutina de los gorriones»— y de cualidades humanas, y los seres que la pueblan —en una ocasión, como solidaria y auxiliadora de los personajes, hasta será capaz de devolver la vida a una desventurada joven—. Destaca también una flora variadísima, muchas veces relacionada con el mundo hispanoamericano, al que Isabel Hernández ha dedicado importantes estudios. Tampoco faltan, en la línea de las *Metamorfosis* de Ovidio —«en la naturaleza, todo tiene su historia», precisa en una ocasión—, las explicaciones poéticas sobre el origen de algunos fenómenos naturales («El por qué llora el sauce») y las transformaciones sorprendentes. Así,

mientras los lirios morados, ante la muerte por amor de uno de sus compañeros, «en señal de luto, se vistieron todos de blanco» («El lirio que murió de amor»), «los *sapatinhos*, flores de la familia de las orquídeas, que ostentan un tierno zapatito por flor entre cuatro pétalos en cruz», procedente de un regalo hecho a la Virgen por una viejecita portuguesa» («La leyenda de los sapatinhos»).

Isabel Hernández deja patente también a lo largo de todo el libro su acercamiento cordial y efectivo a un modo de marginación y de carencias afectivas: cieguécitas, mendigos «sucios y malolientes», «viejecitos muy jóvenes», niños abandonados que piden limosna, etc. Sin embargo, aunque, indirectamente, denuncia cualquier forma de deshumanización y de egotismo, evita mostrar el lado oscuro y trágico de la existencia. Como hada bienhechora ella misma, el remedio para los males de sus héroes puede venir por los más extraordinarios conductos: al egoísta Don No se le permite entrar en el cielo debido a su ternura encubierta por los pequeños; la joven parálitica que ha superado su tristeza y melancolía por medio de la actividad y la alegría verá cómo los árboles del cielo la proveen de manos y pies; la joven muerta prematuramente volverá a la vida por el amor de su marido; el niño hecho «de la piel del diablo» se transformará al tomar amoroso contacto con los libros. Si algo falla, a través del sueño, como queda patente en «El pájaro y la niña», podrán alcanzar los pequeños todos sus deseos.

También, aunque sin discursos enojosos y pedagógicos, la virtud, la admiración por la belleza, el amor y la realización del bien alcanzan en todo momento su recompensa —«siempre el hacer una buena obra es gratificante», se lee en la pág. 49— o se convierten en el mejor antídoto frente al dolor y la destrucción. Incluso, como puede verse en «El mendigo y la cieguécita», un misterioso personaje se presenta disfrazado para probar la bondad de los humanos. La vida ideal es, para Isabel Hernández, «una casita hecha con ladrillos de cariño, ventanas de comprensión, tejado de respeto y puerta de amor». Como parece obvio, todo esto se intensifica en la segunda parte del libro, dedicada íntegramente a motivos navideños. No debe extrañar, pues, que el «secreto de la eterna juventud» del viejecito transformado en Papá Noel consista «en que pensaba, siempre, más en los demás que en sí mismo».

Digna heredera de Dickens, Andersen, Oscar Wilde, Juan Ramón Jiménez, José Enrique Rodó y Rubén Darío —el título del libro remite a este autor y a Azorín—, Isabel Hernández consigue que todo este mundo, aparentemente gastado por la tradición, se presente con un aroma nuevo y original. A ello contribuyen poderosamente la densidad conceptual, la gracia expositiva, la originalidad de las metáforas y de las comparaciones, la precisa y novedosa adjetivación, la riqueza lingüística y los procedimientos alegóricos y simbólicos —por ejemplo, los nombres de los niños de «La madre selva» derivan de las denominaciones que reciben los dedos de la mano.

En uno de los relatos se habla de una escritora, «amiga de los niños», que «muchos años antes, había escrito un cuento en cada pétalo de esas flores, llegando así a formar una rara, pero conmovedora biblioteca». Isabel Hernández, para gozo nuestro, ha preferido hacer accesible todo ello a través del libro impreso. Pocos escritores han plasmado literariamente con mayor fortuna la sentencia de Unamuno: «No sé cómo puede vivir quien no lleve a flor de alma los recuerdos de su niñez».

GILI GAYA, Samuel. *Estudios sobre ritmo*. Edición de Isabel Paraíso del Leal. Madrid. Istmo. 1993.

Por Pilar García Carcedo

El ilustre académico Don Samuel Gili Gaya dedicó la mayor parte de su vida al estudio del complejo mundo del ritmo en todas sus facetas; desde el ritmo del verso hasta el ritmo de la prosa, pasando por el del verso libre contemporáneo.

En este libro se podrán consultar, reunidos por primera vez, una larga serie de artículos y conferencias, algunos aún inéditos y otros de difícil acceso hasta el momento. Ha sido precisamente otra de las figuras cumbre en este campo de los estudios rítmicos, Isabel Paraíso del Leal¹, la que nos ha ofrecido la oportunidad de conocer esta obra, preparando la edición y prologándola con un magnífico estudio introductorio.

El libro se inicia con un artículo dedicado a «*La entonación en el ritmo del verso*» (1926), siendo la entonación el elemento fónico menos estudiado en español, y al que Gili Gaya dedica su tesis doctoral.

¹ Autora de los más completos y actualizados estudios sobre los desconocidos campos del verso libre y de la prosa rítmica: *El verso libre hispánico*, Madrid, Gredos, 1985, y *Teoría del ritmo de la prosa. Aplicada a la hispánica moderna*, Barcelona, Planeta. Obra de la que está a punto de aparecer una segunda edición ampliada.

Utilizando instrumentos propios de la fonética experimental, como el quimógrafo, Gili Gaya desarrolla un minucioso análisis de la entonación, descubriendo que, en líneas generales, la altura musical o tonalidad va ligada en castellano al acento de intensidad.

A continuación, el estudioso se sumerge en el campo de la prosa con «*Observaciones sobre el ritmo en la prosa española*» (1938); análisis para el que debe partir de la afirmación de que «las fronteras entre verso y prosa no están claramente delimitadas»².

Llega a definitivas conclusiones en cuanto a la clasificación de diferentes tipos de ritmos; por un lado los ritmos «acústicos, fonéticos», y por otro lado el «ritmo intelectual», basado en la repetición de conceptos o estados afectivos (como los que predominaban en la poesía hebrea).

Algunos de los descubrimientos son realmente curiosos a la par que sencillos, como el experimento que lleva a cabo a imitación de los de Rousselot, que consiste en hacer pronunciar a diferentes personas la sílaba *ta* repetidamente. El resultado es que los hispanoparlantes agrupan de dos en dos las sílabas y cargan el acento sobre la primera: *táta táta táta*. Mientras que en las experiencias de Rousselot, los franceses, agrupaban también de dos en dos, pero acentuando la segunda: *tatá tatá tatá*. Hechos que responden respectivamente al predominio de palabras llanas en castellano, frente al de palabras agudas en francés.

El siguiente estudio, titulado «*El ritmo en la poesía contemporánea*» (1956), que surgió en un ciclo de conferencias pronunciadas en Barcelona, supone la culminación de todos los estudios anteriores.

Comienza realizando una revisión histórica del problema del ritmo, destacando como, ya desde la antigüedad, resultaban difíciles las fronteras entre verso y prosa. Cicerón, por ejemplo, observaba «que a veces los versos de algunos poetas de su época parecerían prosa, si no fuese por el acompañamiento de la flauta»³.

Gili Gaya encuentra ciertas diferencias fundamentales entre el verso y la prosa, como es el carácter amétrico de la prosa y del verso libre, frente al métrico del verso tradicional, pero sin confundir nunca «ametría» con «arritmia». Por otro lado, considera que se basan en dos tipos de movimientos diferentes: El verso surge de los «movimientos balísticos», cuya unidad es la sílaba en la que se apoya la métrica tradicional. La prosa y el moderno verso libre, por el contrario, proceden por «movimientos llevados o conducidos» más extensos, cuyas unidades son el grupo fónico y la oración. Define el versículo como «un gran ensayo de la poesía contemporánea por explorar unos ritmos de frase... que quiere buscar una ondulación llevada o conducida hacia un ritmo de más alcance que el silábico. Voz solitaria del poeta que no gusta de marcar el paso con los demás»⁴.

Por lo que, mientras en la poesía tradicional cada verso era una unidad rítmica independiente, el versículo sólo constituye una parte de un ritmo total. Un ritmo zigzagueante, acumulativo, inacabado, que Gili Gaya relaciona con la actitud existencial y angustiada de nuestro vivir contemporáneo, como «la curva del anhelo que se lanza a una larga trayectoria de tensiones crecientes y de distensiones que se van apagando a tientas en un crepúsculo sin fin».

La última parte del libro se dedica a los estudios métricos, que Gili Gaya enfoca a partir de los descubrimientos del erudito venezolano Andrés Bello, pionero de las actuales concepciones rítmicas con su obra *Principios de Ortología y Métrica de la lengua castellana* (Santiago de Chile, 1835).

Andrés Bello, con los antecedentes de Nebrija y Pinciano, considera al *acento*, y no a la cantidad silábica, como la base del ritmo en las lenguas romances. En esta línea, señalaba Bello cinco «cláusulas rítmicas», fundadas en el acento de intensidad: dos bislabas (yambo y troqueo), y tres trislabas (anapesto, anfibraco y dáctilo). Cláusulas que serán simplificadas por Navarro Tomás en dos solamente: trocáicas y dactílicas; pero Gili Gaya no tuvo oportunidad de consultar la *Métrica* de Navarro antes de publicar sus estudios.

La incesante preocupación de Don Samuel Gili Gaya por el campo del ritmo le llevó a desarrollar una teoría coherente y elaborada sobre este fugitivo fenómeno, enriquecedoras aportaciones que la presente edición nos ofrece la oportunidad de consultar por vez primera.

² Op. cit., p. 55.

³ Op. cit., p. 63.

⁴ Op. cit., p. 78.

ASTURIAS, Miguel Angel. *Hombres de maíz*. Edición crítica coordinada por Gerald Martin. Madrid. Archivos. 1992, 764 pp.

Por Rita Gnutzmann

En 1949, el autor guatemalteco Miguel Angel Asturias publicó *Hombres de maíz* (Buenos Aires. Lozada), novela que siempre ha quedado eclipsada por otra obra suya, *El Señor Presidente*, a pesar de que los especialistas desde hace tiempo están de acuerdo en considerar la primera como más compleja y acabada. En su tesis sobre «Sociología guatemalteca: problema social del indio», (publicada en 1977 por la Univ. de Arizona) escrita en 1923, cuando aún vivía en Guatemala, Asturias todavía aplicaba una mirada exterior, casi leboniana, sugiriendo la «mejora» del indio mediante el mestizaje y proponiendo el «ideal» argentino (o norteamericano) de la inmigración desde los Países Bajos, Alemania y Suiza para conseguir este efecto de «corrección».

Durante sus estudios en París, a partir de 1924, el autor llegó a conocer con más profundidad la cultura maya por iniciativa del profesor mayense Georges Raynaud, quien le enseñó a comprender el mundo indígena desde dentro, experiencia decisiva que le sirvió para escribir *Hombres de maíz*, habiendo traducido en 1927, del francés al español, el libro sagrado de los mayas, *Popol Vuh*. Este texto en maya quiché está presente a lo largo de la novela, aunque no tanto en episodios o personajes concretos cuanto en el espíritu: ha penetrado su magia y su pensamiento analógico en el relato moderno. Ello no quiere decir que el autor haya descartado del todo los modelos de la literatura europeos; es bien sabido que Asturias fue un gran lector de los clásicos españoles del siglo de oro y también de la literatura francesa, en concreto de la corriente contemporánea a su primera estancia en París, el surrealismo, con su preferencia por lo «superreal», el azar, los sueños y lo primitivo.

Como es costumbre en las ediciones de «Colección Archivos», en primer lugar se ofrece el texto de *Hombres de maíz* reconstruido de forma cuidadosa por Gerald Martin con sus notas pertinentes; además se incluyen en este lugar siete versiones primitivas de diferentes partes de la novela (pp. 403-436). Un glosario de expresiones guatemaltecas usadas en la novela cierra este capítulo textual.

La tercera y cuarta parte abarcan una cronología y la génesis del texto, aparte de un repaso de la recepción de la novela desde los años 50 hasta los 80, todo ello elaborado por el coordinador Gerald Martin. Bajo el título «Lecturas del texto» seis críticos actuales analizan la novela detalladamente desde diferentes ángulos (la ideología, el mundo indígena, el mito, la estructura...). En un «dossier» se han recopilado breves estudios de otros autores acerca del relato, entre ellos el poeta Aimé Césaire y el novelista Vargas Llosa. Por último, una amplia bibliografía recoge la mayoría de los estudios acerca de *Hombres de maíz*.

Es sumamente loable el esfuerzo de los diferentes países e instituciones como la UNESCO por publicar esta serie de textos con tanto esmero y en concreto este volumen, ya que desde la edición en *Obras escogidas* del autor, publicadas en 1966 por la editorial Aguilar, era difícil el acceso a esta novela tan importante.

ALCOCER Y MARTINEZ, Mariano. *Catálogo razonado de obras impresas en Valladolid. 1481-1880*. Valladolid. 1926. Edición facsímil. Prefacio de Hipólito Escolar. Valladolid. 1993.

Por Hipólito Escolar

Don Mariano Alcocer y Martínez había nacido en Molina de Aragón en 1860, había estudiado en la Escuela de Diplomática, había ingresado, 1890, en el Cuerpo Facultativo de Archiveros Bibliotecarios y Arqueólogos y, tras el común peregrinar de los funcionarios por diferentes destinos provinciales, arribó a Valladolid y era director de la Biblioteca Universitaria en 1929, cuando, en plenitud de sus facultades físicas e intelectuales, fue jubilado por imperativo de la edad.

La Escuela de Diplomática, vivero de investigadores de nuestra historia, despertó en él la afición a la investigación y a ella, así como a la descripción bibliográfica, se entregó con tan gran afán que destaca su actividad en esta ciudad, tierra de archiveros y de la investigación histórica.

Su obra de mayor empeño fue el *Catálogo razonado de obras impresas en Valladolid. 1481-1800*, publicado en esta ciudad en 1926, cuya reciente reedición facsímil acaba de salir. Había sido premiada en el concurso nacional de 1920 e impresa, con algún retraso, a expensas del Estado.

Estos premios habían sido creados por la Biblioteca Nacional en 1857 y se convocaban anualmente

para dar a conocer la bibliografía, en su mayoría procedente de los conventos desamortizados por las leyes liberales, que dormitaba en las estanterías de las bibliotecas universitarias y de las recientes provinciales, de difícil acceso por ser desconocida en general y expuesta a pérdidas por las injurias del tiempo y del ambiente sórdido de los locales.

Los bibliotecarios acogieron con entusiasmo el desafío y surgieron espíritus generosos que consumieron horas y horas preparando bibliografías temáticas sobre temas tan diferentes como botánica, teatro antiguo español, historiadores árabe-españoles y escritoras, o sobre las obras impresas en determinadas ciudades, como Sevilla, Alcalá de Henares, Medina del Campo, Zaragoza, Toledo, Córdoba y Valladolid, como en nuestro caso. El concurso de 1920 convocaba dos premios, uno de 2.000 pesetas, para una colección de artículos bibliográficos-biográficos, y otro de 1.500 pesetas para una colección de estudios bibliográficos, que es al que optó Don Mariano.

Aunque la inflación en estos setenta años ha sido grande, cualquiera puede imaginarse que las 1.500 pesetas, a las que se añadía la compensación de trescientos ejemplares gratuitos, no remuneraban justamente las muchas horas de búsqueda en los repertorios y catálogos publicados y en los numerosos archivos y bibliotecas que Alcocer reseña. Claro que el autor no pretendía cobrar por minutos trabajados porque entonces el tiempo era barato y el trabajo sobre lo que a uno le agradaba y parecía de utilidad social era una satisfacción en sí mismo. Don Mariano y sus contemporáneos con una activa vida intelectual, como sigue sucediendo en nuestros días, aunque en menor grado, se movían más que por el dinero por el prestigio social.

Alcocer ha reunido en esta obra un rico venero de información sobre los autores vallisoletanos, en especial de los que enseñaron en la universidad. Los libros revelan parcialmente las condiciones sociales, la espiritualidad religiosa, la moralidad y los gustos literarios y musicales de los vallisoletanos. La ciudad aparece en el fondo como una ciudad levítica, preocupada mayoritariamente por los temas religiosos y filosóficos y dominada por los miembros de las órdenes religiosas, principalmente jesuitas, dominicos, franciscanos, agustinos y benedictinos, más algún clérigo regular. Destacan igualmente otros estudios superiores, como los jurídicos y médicos, y no faltan otros musicales.

También reflejan la dicotomía lingüística característica de la sociedad de aquellos siglos. El latín seguía siendo la lengua académica, la de las cuestiones especulativas, y el instrumento de comunicación en los medios intelectuales superiores, muy reducidos bien es verdad no obstante su internacionalidad, mientras que el castellano era empleado, cada vez en una proporción mayor, para comunicar cuestiones prácticas de la vida diaria a la mayoría de la población, para ofrecer lecturas recreativas y el confort espiritual de la literatura ascética.

Otra dicotomía se impone. La gran diferencia entre lo que se imprimía y se leía en la ciudad. En la producción local no abundan, y son relativamente inferiores a la media nacional, las obras literarias, históricas y de mero entretenimiento. Además, muchas obras de alta cultura escritas en latín por profesores vallisoletanos, fueron editadas en ciudades europeas, como Lyon, París, Colonia, Venecia y Roma porque iban destinadas a consolidar el pensamiento católico y a la lucha contra los herejes luteranos. Naturalmente no han sido recogidas por don Mariano.

La ciudad era aficionada al estudio y a la lectura, como lo prueban las numerosas y nutridas bibliotecas de las casas religiosas, de la Universidad de la alta nobleza, del clero regular, de médicos, boticarios y hombres de leyes, y de algún que otro mercader y artista. Algunas de estas bibliotecas instaladas en los salones principales de los palacios contaban con ricas estanterías, y los libros, bellamente encuadernados, estaban bien ordenados y al cuidado de bibliotecarios profesionales. Destaca entre todas la del gran bibliófilo don Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, corregidor de la ciudad y embajador en la corte inglesa, que formó e instaló con gran amor y de la que apenas pudo disfrutar por su temprana muerte.

Había colecciones menores de libros, guardados en arcones, en casas de la pequeña nobleza, de comerciantes, agricultores, artesanos, profesores e incluso en la de algún trabajador manual. En estas bibliotecas abundaban las obras que no habían sido impresas en Valladolid y, que sin embargo, gozaban de fama y crédito.

La relación confeccionada por Alcocer está ordenada cronológicamente y distribuida por siglos. La parte principal contiene 1.693 fichas. A ella se añaden sendas relaciones de obras sin año, sin imprenta y sin impresor, más una pequeña adición, que elevan a 2.601 el número total de fichas.

La producción de la industria editorial de Valladolid fue pobre en el siglo XV, no llegó a la treintena de títulos, un tres por ciento de la española, aunque ocupó un puesto más destacado en el ámbito nacional durante los dos siglos siguientes. Al principio estuvo frenada por la proximidad de Burgos, Salamanca y Medina del Campo, ciudades con gran actividad impresora de naturaleza diferente. Después, por el protagonismo de Madrid, que paralizó a Valladolid y a las otras ciudades provincianas.

Una buena parte de la producción vallisoletana corresponde a obras menores en castellano para información y entretenimiento de la población, como bulas, disposiciones gubernamentales, actas, ejecutorias, manifiestos, alegaciones y memoriales, así como a libros elementales para la enseñanza, impresos de literatura popular, religiosa y profana, como catecismos, novenas, villancicos, calendarios, coplas, romances y relaciones de grandes catástrofes naturales. En 1787 apareció uno de los diarios españoles más antiguos, el *Diario pinciano*.

Las obras teológicas y filosóficas en latín eran el orgullo de la sociedad vallisoletana. Entre ellas encontramos comentarios bíblicos y a las obras de los filósofos antiguos, como Aristóteles y medievales, como Santo Tomás y San Anselmo. Hay, además, de breviarios, sacramentales, instrucciones para religiosos y manuales para confesores, como el popular del navarro Martín de Azpilicueta, ejercicios académicos, como las famosas *assertiones*, a las que fueron tan aficionados los padres de la Compañía. Recordamos la primera edición en España del *Catalogi librorum reprobatorum*, el famoso *Índice*, impreso en 1551 por Francisco Fernández de Córdoba, siguiendo la doctrina de la Universidad de Lovaina. Dentro de la misma década apareció la tercera edición española, la ordenada por el arzobispo Fernando Valdés, impresa por Sebastián Martínez en 1559.

No faltan los sermonarios pero llama la atención la gran cantidad de sermones compuestos en castellano con motivo de acontecimientos notables, luctuosos y felices, funerales y homenajes a las personas de la familia real y notables, como prelados y festividades religiosas, tan características de la sociedad barroca. La audición de sermones era una fiesta pública, que, para las autoridades y el pueblo llano, más espectadores que oyentes, tenía el atractivo del teatro y de los autos sacramentales. En ellos las pausas del predicador, la elevación brusca de la voz, la alternancia del arrebato pasional con la mansedumbre en la expresión impresionaban al auditorio más que los contenidos, generalmente ininteligibles. La magia de los sermones en las fiestas patronales de los pueblos ha perdurado hasta nuestros días y sólo parece retroceder ante el avance de los medios audiovisuales.

Algunos títulos pretenciosos parecen ocultar, con su palabrería hueca, la pobreza de ideas originales. Tal puede ser el caso del sermón pronunciado por el franciscano Alfonso de Aranda en 1670: *Trofeos de gracia, destierros de la culpa, desaogos de la misericordia, alibios de la miseria, socorros de la piedad divina a la flaqueza humana. Indulgencia porciúncula y sacramento patente. Oración historial panegírica*. O el pronunciado en 1714 por el jesuita Manuel Ignacio Muñoz, con ocasión de la muerte de un prelado vallisoletano: *Respuesta fúnebre, consonancia acorde y satisfacción exacta que da la tierra en ecos a la admiración estática con que en suspensiones la preguntó el cielo, quién era, quién subía del desierto de este mundo cuando salió de él el Ilmo. Rmo. Señor D. Andrés de Orueta, obispo de Valladolid*. Con estos títulos tan atractivos todos debían de acudir fascinados y con fervor al templo.

Las obras de piedad aparecen en latín, destinadas al clero, y en castellano para los laicos de ambos sexos. Sus autores una vez fueron famosos, como San Agustín y San Juan Crisóstomo, y otros modernos, como Juan de Padilla, *Vida de Cristo*, Francisco de Osuna, *Abecedario espiritual*, Juan Dueñas, *Remedio de pecadores y espejo de consolación*, el jesuita, muy popular en Francia y España, Luis de la Puente, *Perfección del cristiano*. Un lugar destacado merece el obispo de Mondoñedo y cronista del emperador Carlos V, Fray Antonio de Guevara. También son frecuentes biografías de santos e historias de las órdenes religiosas. No faltaron ediciones de la popular *Imitación de Cristo*, atribuida a Tomás Kempis.

La existencia de la chancillería vallisoletana favoreció la publicación de numerosas obras de derecho en castellano, como *Las Partidas*, *Las leyes de todos los reinos de Castilla*, de Hugo Celso, y otras recopilaciones legislativas temáticas, obras para el mejor conocimiento de los procedimientos judiciales, como *Práctica civil y criminal*, de Gabriel Monterroso y Alvarado, *Curia Phyllypica*, de Juan de Hevia Bolaños, y *Práctica y formulario de la chancillería*, de Manuel Fernández de Ayala. También estudios en latín de carácter superior, como *Comentarios sobre las Instituciones de Justiniano*, de Antonio Pichardo, y *De Pascuis et iure pascendi tractatus*, de Antonio Fernández Otero.

Otras obras publicadas surgidas de los estudios universitarios fueron las de medicina y cirugía, disertaciones académicas en latín, pero también, y en mayor número, obras en castellano. Entre los catedráticos de la Universidad hubo notables médicos, algunos al servicio de los soberanos, como Luis Mercado, cuyas obras fueron editadas por Luis Sánchez, Enrique de Ribera, *Tratado contra la pestilencia*, Cristóbal Pérez, *Defensa de las criaturas de corta edad*, Andrés de León, *Tratados de medicina*, Luis Lobera de Avila, *Libro del regimiento de salud*, y Bernardino Montaña de Monserrate, *Anatomía del hombre*, en el que se trata de la fábrica y compostura del hombre, y de la manera cómo se engendra y nace.

Obras notables de carácter técnico y sobresalientes en la producción tipográfica de su tiempo fueron el *Arte de navegar*, de Pedro Medina, traducido a varios idiomas por su novedoso contenido, *Quilatador de plata, oro y piedras preciosas* de Juan Arfe, una traducción de *La Sphera*, de Juan Sacrobosco, y el *Libro de agricultura...* y *provechos de las cosas del campo*, de Gabriel Alonso de Herrera. Carácter

recreativo tienen una serie de tratados, como *Método de pelear a la gineta* de Simón Villalobos, y musicales, *Arte del canto llano*, del franciscano Fray Bartolomé Molina, *Los seys libros del Delphin de música*, de Luis Narváez, *Arte de música* de Francisco Montanos, *Libro de música de vihuela*, de Enríquez de Valderrábanos y *Arte del canto llano*, del dominico Dámaso Artufel.

No fueron muchas ni representativas las obras literarias españolas. Se echan de menos muchos autores y los que aparecen, como Lope, Calderón, Cervantes, Boscán y Juan de Mena, están parcialmente representados. Una excepción es Fray Antonio de Guevara cuyo *Reloj de príncipes*, que gozó de extendida fama por Europa, apareció en 1529 impreso por el francés Nicolás Tierri. En cambio aparecieron novelas de puro entretenimiento como el *Tirant lo Blanch*, *Amadís*, *Oliveros de Castilla* y *Palmerín de Oliva*. Fueron pocas las traducciones de la literatura europea, aunque no faltaron de las obras de Dante, Petrarca y Boccaccio, y, ya en el siglo XVIII, del escocés Ossian.

Fue cultivada la literatura histórica en crónicas medievales de diferentes monarcas y otras de soberanos modernos o de la aventura ultramarina, tanto americana como en el Extremo Oriente, de gran interés esta última para los jesuitas portugueses avecindados en Valladolid.

Después de esta visión panorámica o sintética de la producción temática de los talleres vallisoletanos, parece de interés dar una complementaria analítica mediante un rápido repaso a los talleres más importantes que se han sucedido en la ciudad. A ello vamos.

En la producción incunable de Valladolid tuvo un papel destacado, como impresor de bulas, el monasterio jerónimo de Nuestra Señora de Prado. Entre la corta producción de este siglo XV sobresale la *Carta de Colón a Luis Santángel*, impresa por Pedro Giraldi y Miguel de Planes, que por el interés natural despertado por los descubrimientos geográficos, tuvo varias ediciones en diferentes ciudades y fue traducida a otros idiomas.

El siglo XVI fue importante para la imprenta vallisoletana porque la ciudad era una de las principales de la Península y su Universidad gozaba de excelente salud. Calculamos que la producción superó ligeramente las siete obras anuales, en total unas setecientas.

Muchos de los impresores de las primeras décadas tuvieron talleres en otras ciudades, como Diego Gumiel, que previamente trabajó en el Reino de Aragón e imprimió obras de Petrarca, San Agustín, Pérez de Guzmán y una versión castellana del *Tirant lo Blanch*; Arnao Guillén de Brocar y su yerno Miguel Eguía, a los que ha hecho famosos la edición de la *Biblia Políglota Complutense*, imprimieron en Valladolid, entre otras obras, una traducción de la *Ilíada* realizada por Juan de Mena, las obras de Salustio y unas sátiras de Juvenal; Juan de Villaquirán imprimió obras de devoción y de Boccaccio, Petrarca y Pedro de Mexía.

Uno de los talleres de mayor producción fue, a mediados de la centuria, el de Sebastián Martínez, impresor de obras piosas, históricas, de medicina y de derecho, sermonarios y sacramentales. Pero la mayor producción corresponde a una familia de impresores apellidada Fernández de Córdoba, responsable de numerosas ediciones de música, derecho, literarias, devotas, históricas. La más famosa de todas, el mencionado *Arte de navegar* de Pedro Medina.

El siglo XVII conoció momentos políticos muy importantes pues en la primera década estuvo radicada la corte en la ciudad. La producción aumentó con relación a la centuria anterior y se debió de aproximar al millar. Un promedio de diez obras anuales. Pero conviene advertir que ni en Valladolid, ni en otras ciudades de España y del extranjero fue brillante la producción tipográfica, en contraste con la brillantez de los literatos contemporáneos, como Shakespeare, Racine, Moliere, Corneille, Cervantes, Lope, Calderón y Quevedo, por ejemplo.

Pero si las obras de los grandes ingenios no tuvieron una buena presentación, no faltaron obras lujosas destinadas a reflejar la grandeza de las monarquías, que gobernaban pueblos con costumbres, tradiciones y normas diferentes. Con estas obras en España se trataba de exaltar, por un lado, a los miembros de la familia real, con narraciones de sus viajes, cacerías y ceremonias conmemorativas de funerales y bodas; por otro, de propagar la doctrina católica frente a la luterana con la descripción de fiestas religiosas, aprovechando el traslado de imágenes, las apariciones y las santificaciones. No fueron muchas las publicaciones realizadas en Valladolid sobre estos temas característicos del barroco, en parte, porque no fueron frecuentes las fiestas y también porque escaseaban, como en el resto de España, los buenos grabadores.

El traslado de la corte a Valladolid originó el del taller del impresor madrileño más destacado de aquellos años, Luis Sánchez, hombre culto, escrupuloso impresor e hijo de uno de los primeros impresores establecidos en Madrid. Entre su abundante producción hay obras históricas, religiosas, médicas y literarias, como *Flores de poetas ilustres de España*, de Pedro de Espinosa y *Romancero general* recopilado por Miguel de Madrigal.

Juan Godínez de Millis, perteneciente a una familia de impresores italianos, inició su actividad en Salamanca y se estableció en Valladolid al final del siglo XVI. Tuvo también taller en Medina del Campo,

cuyas imprentas y comercio del libro, nacional e internacional, fueron notables. En su dilatada producción abundaron las obras religiosas, filosóficas, pero también imprimió obras de medicina, derecho y musicales. Recordamos *Diálogos de contención entre la milicia y la ciencia*, de Francisco Núñez de Velasco.

En el siglo XVIII prosiguieron activas las prensas vallisoletanas, al servicio de la Universidad, y alcanzaron un promedio, como en la centuria anterior, de diez obras anuales, no obstante la competencia de los impresores madrileños, cada vez en una postura más hegemónica.

Uno de los impresores más destacados de la centuria fue Alonso del Riego, que se titulaba impresor del Santo Oficio y de la Universidad y añadía a su pie de imprenta *Extipographia hispana et latina*, dando a entender que para él era indiferente publicar textos latinos y castellanos, entre los que había obras de teología, derecho, filosofía y espiritualidad. Otra imprenta importante fue la de la Congregación de la Buena Muerte, perteneciente a los jesuitas, que en tres décadas llegó a publicar un centenar de títulos, entre los que figuraban, aparte de los religiosos, otros de carácter literario y filológico.

Pero la imprenta de mayor producción en Valladolid, en parte por su larga vida que se prolongó hasta bien entrado el siglo XIX, fue la de Tomás de Santander, que se titulaba impresor de la Universidad. Su producción desarrolló un arco amplio: derecho, teología, obras de devoción, cosmografía y economía, como *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith. También de carácter literario, como *Poesías*, de Meléndez Valdés, y *Obras de Ossian*.

El *Catálogo* de Alcocer no fue tan apreciado cuando se publicó, como lo va a ser ahora a causa del gran desarrollo de los estudios históricos en España y por ello hay que felicitar, y de forma muy efusiva, a la Junta de Castilla y León, que ha tenido la idea de su reproducción facímil, como lo ha hecho con otras obras notables: *La imprenta en Medina el Campo*, de Cristóbal Pérez Pastor, y el *Diccionario biográfico y bibliográfico de autores de la provincia de Burgos*, de Manuel Martínez Añibarro, que se encontraban muy agotadas. Pero si la idea de publicar obras notables agotadas y estudios históricos sobre el libro es loable, mayores deben ser las felicitaciones por el gusto y el amor tipográfico, realmente sobresalientes, que revelan las publicaciones de la Junta y en especial las que componen la serie La imprenta, libros y libreros.